

Los cambios y la reconquista de los sentimientos

SAUL LOPEZ DE LA TORRE *

Se puede perder la vereda, pero
la querencia nunca.

Refrán popular.

A fuerza de hacerlo cotidianamente, referirse a los cambios que se presentan en el mundo es ya un lugar común. En efecto, desde finales del año pasado y a lo largo de cada día de éste que está por concluir, los estudiosos —incluso los observadores no avezados en los asuntos sociales— de las distintas formas de organización que, para afrontar y resolver sus problemas, se ha dado a sí misma la sociedad humana, han visto con genuino asombro los profundos reacomodos que se han suscitado en el brevísimo lapso de un año y, lo más importante y admirable, sin que para ello se haya requerido de violentas revoluciones.

Parece, también, ocioso mencionar que dichos cambios nos muestran con nitidez que la guerra fría que durante más de cuatro décadas encabezaron los dos imperios emanados de la segunda guerra mundial, concluyó con la derrota del representativo del llamado bloque socialista, y que con ello la amenaza de una tercera y última guerra mundial se ha reducido sustancialmente. Para probarlo no tuvimos que ir muy lejos ni esperar mucho: así lo indican la forma concertada, racional, como las potencias han abordado el conflicto que actualmente se vive en el Golfo Pérsico (para conservar, la inmensa riqueza petrolera de la región e impedir el rompimiento del equilibrio de la economía mundial, tal como ahora lo conocemos); los esfuerzos sustantivos, con alentadores resultados, que se han efec-

* Instituto Chiapaneco de Cultura.

tuado en contra del armamentismo; la liquidación del Pacto de Varsovia y los acuerdos suscritos para evitar cualquier solución guerrera a los problemas del continente europeo, centro generador de los más desastrosos acontecimientos bélicos que hemos padecido los seres humanos.

Subyacen apacibles, sin embargo, en el fondo del ritmo vertiginoso de estos cambios, las causas que los provocan y, en cuanto a ellas, diversas preguntas sin respuestas satisfactorias, al menos para amplios segmentos de la población: ¿Por qué se derrumbó el socialismo tan rápida y fácilmente? ¿Por qué el pueblo polaco sigue siendo tan abrumadoramente católico —fenómeno determinante en la definición de su propio rumbo económico y político—, aún después del intenso bombardeo ideológico marxista a que fue sometido durante casi medio siglo? ¿Por qué Alemania —símbolo de símbolos en cada parteaguas de nuestra historia contemporánea— ha podido reunificarse, sin que los líderes de la parte oriental presentaran la mínima resistencia, dejando así en el centro de sus problemas a resolver los relativos a la productividad económica del “nuevo” conjunto social? ¿Por qué la aparentemente sólida unidad de la URSS se rompió en el Báltico, donde, de separarse las repúblicas asentadas en esta región, las economías correspondientes se verán notoriamente debilitadas, dado su alto grado de dependencia de la poderosa república rusa? ¿Por qué amplios estratos de la población rusa exigen a Gorbachov avanzar todavía a mayor velocidad en las reformas por él inspiradas y emprendidas? ¿Por qué estos cambios tan profundos han podido darse —rumanos aparte— pacíficamente, no obstante los enormes reacomodos que significan en términos de la redistribución de la riqueza y los espacios de poder, en ámbitos que trascienden con mucho las fronteras específicas de los países directamente involucrados en estos acontecimientos?

Se acepta de manera cada vez más generalizada que el socialismo se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, por una razón muy simple: nunca existió. Es decir, en los términos planteados por los clásicos del marxismo, toda vez que el proletariado no ha ejercido dictadura alguna sobre ninguna clase o grupo social, ni ha sido dueño de los medios de producción en ninguna parte del mundo, en ningún momento histórico (el comunismo primitivo no implicó la posesión, en propiedad, de los bienes necesarios para la vida). Entre otras, sin tales precondiciones ineludibles el socialismo no podía ser, aunque sí pudieron darse en su lugar y nombre manifestaciones peculiares del capitalismo, cuya característica central es la sustitución de la libre competencia por la injerencia totalizante del Estado en asuntos propios de la sociedad civil, tales como la industria, la agricultura, el

comercio, la cultura, la ciencia, el arte, y el deporte, al igual que en la vida política y sindical de los trabajadores, mismos que lejos de asumir posiciones de poder fueron sometidos por medio de verdaderamente burdos, asfixiantes y obsoletos métodos de reparación y control. Tales aberraciones provocaron los rezagos que ahora pueden observarse en el campo de la ciencia y la tecnología, de los que se deriva la incapacidad para brindar una adecuada cantidad y variedad de satisfactores a la población.

Paralelamente, el engranaje del imperialismo soviético comenzó a funcionar al revés en su relación con los países agrupados en su área de influencia. En otras palabras, para mantener el orden resultante de la segunda conflagración mundial tuvo que subsidiar no únicamente a sus propias empresas ineficientes, sino también, y en forma cada vez más alarmante, a las economías de sus aliados. Contribuyeron, también en gran medida, al colapso sufrido por la economía soviética, los enormes gastos derivados de la guerra fría (armamentismo, ejércitos de ocupación, conquista del espacio, etcétera), mismos que propiciaron desviaciones en las asignaciones presupuestales que debían destinarse a la inversión en proyectos productivos y a la investigación científica y tecnológica de punta, destinada a consolidar y desarrollar una planta industrial capaz de competir con la de las potencias occidentales.

Gorbachov se levantó, ante los atónitos ojos del mundo, como el más destacado estadista de nuestro momento histórico por el solo hecho de haber reconocido, en forma abierta y decidida, la incapacidad del aparato productivo para responder con eficiencia a las demandas de la población, y la necesidad de abrir a la discusión pública —dotando a la sociedad de la información pertinente— la búsqueda de soluciones viables, de caminos transitables, para vencer las intrincadas trampas que las castas burocráticas habían construido para mantenerse en el poder.

Por ello, la fuerza política de Gorbachov crece en la misma medida en que se desmorona el imperialismo soviético, y las naciones, etnias y masas populares que todavía conforman la URSS le exigen avanzar más rápido, a la vez que, diluidas las nebulosidades ideológicas que les fueron impuestas, retoman sus auténticos valores e identidades culturales, mismos que se mantuvieron latentes, indemnes, durante los años de dogmatismo "socialista". Así, mientras que en el exterior, la corriente de pensamiento encabezada por Gorbachov ha encontrado un apoyo consciente y calculado, al interior las reacciones generales se han manifestado espontáneamente, sin meditar mucho en las consecuencias prácticas de los cambios. De ahí que no se hayan medido los riesgos que corren los pueblos involucrados en este histórico proceso, al extremo de que enfrentarlos en algunos momentos aparece como

actitud irracional o insensata. Ejemplo obvio: verdaderas oleadas de trabajadores improductivos dejarán de satisfacer sus necesidades esenciales cuando sean lanzados al arroyo del desempleo por la competencia feroz del capitalismo sin disfraces.

Una frase y un hecho sintetizan con extrema contundencia y claridad el punto toral de coincidencia entre los intereses de las economías superdesarrolladas del Occidente y los populares del Este. La frase: "La única forma de propiedad que ha demostrado su validez histórica es la propiedad privada", fue acuñada por Lech Walesa, célebre exlíder obrero, Premio Nóbel de la Paz, católico-político y muy probablemente próximo primer mandatario de Polonia. El hecho: la venta al mejor postor de los trozos del derruido Muro de Berlín. La vuelta al capitalismo sin cortapisas; al imperio inapelable e implacable de la mercancía; a la economía de mercado, como hoy suele nombrarse, se da por consenso, una vez que el Japón se define y erige como el gran vencedor de la posguerra, y la Alemania reunificada se perfila como la primera potencia de Europa y se apresta a ofrecer la más colosal de sus batallas por la conquista pacífica —única vía para ganarla— de los mercados mundiales. ¿Quedará todavía alguna duda, respecto de la fuerza determinante que poseen estos pueblos en sus profundísimos sentimientos nacionalistas (los mismos que obligan a los empresarios japoneses a proyectar la construcción de un edificio de 400 pisos, en el lugar más riesgoso del planeta, por su alta incidencia sísmica: Tokio), y en sus antiquísimos instintos imperiales? Probablemente no; como tampoco debe dudarse que han sabido extraer enseñanzas invaluable de las lecciones de la historia, tanto como de los acontecimientos recientes. Una de ellas puede ser: para conquistar los recursos materiales de la tierra sólo hay una guerra posible, la de la ciencia y la tecnología. Otra: los sentimientos y la cultura de los pueblos no son conquistables. Nos ha tocado vivir un periodo de reencuentros, una especie de borrón y cuenta nueva histórico, en el cual la cultura vuelve a aparecer como motor fundamental del desarrollo; es decir, el amor a la tierra natal, el arraigo a las tradiciones y costumbres, las creencias religiosas, los sentimientos individualistas, regionalistas y nacionalistas de propiedad; la necesidad material y emocional de compartir con los demás para superarlos y vencerlos; la obsesión mil veces multiplicada por ser y saberse dueños de algo que se considera importante; el orgullo por la manera propia de hacer y disfrutar las cosas; el cariño a los hijos, los padres, la pareja, los amigos de la infancia, la casa y la patria, la compleja variedad de aspectos emocionales, instintivos, que constituyen el pensamiento humano y que han modelado, a lo largo de milenios, el pensamiento de un sinnúmero de generaciones. Aquí deben ubicarse los elementos de respuesta a las interrogantes que los actuales cambios suscitan,

cuando menos en cuanto a la fundamental participación espontánea de las masas populares en los acontecimientos.

El gran capital, los grandes monopolios (cuyos recursos no encuentran sus orígenes en ningún país en particular, ni sus alcances y destino conocen fronteras de ningún tipo), han comprendido plenamente el carácter inconmensurable del sentimiento de identidad forjado por el hombre y su entorno a través de la historia y, por ello, lejos de plantearse inhibirlo con medidas absurdas que se le contrapongan, propicia su desarrollo y lo encauza hacia el mejoramiento de la productividad, a la vez que convierte las actividades correspondientes en otro quehacer especializado, productivo.

Quizá esta concepción del mundo y de la vida cambie algún día, y llegue a ser sustituida por otra menos enraizada y egoísta, a la que tal vez pueda y deba llamarse "socialista". Pero, para que esto suceda, habrán de transcurrir centurias o milenios sin industria armamentista ni ejércitos (las guerras serán obsoletas cuando terminen de fusionarse los grandes capitales y gobiernen al mundo sin tantos intermediarios), con todas las riquezas, la ciencia y la tecnología orientadas permanentemente a mejorar las condiciones generales de la vida y no a su destrucción, y con la mayor libertad y medios para la manifestación ilimitada de los sentimientos humanos, a través de la gama inmensa de expresiones artísticas y culturales que desde cada sitio específico del mundo constantemente se generan.

Estas son, entre otras, las enseñanzas que nos ofrecieron los 365 días del primer año de la última década del siglo XX.